

Movimiento de movimientos

La potencia de la democracia constituyente

Jorge Gantiva Silva

Filósofo
Universidad Nacional de Colombia
Profesor Titular
Universidad del Tolima

El sentido común, el torpísimo sentido común, suele predicar que más vale un huevo hoy que una gallina mañana. Y el sentido común es un terrible negrero de los espíritus. Sobre todo cuando para conseguir la gallina hay que cascar el huevo.

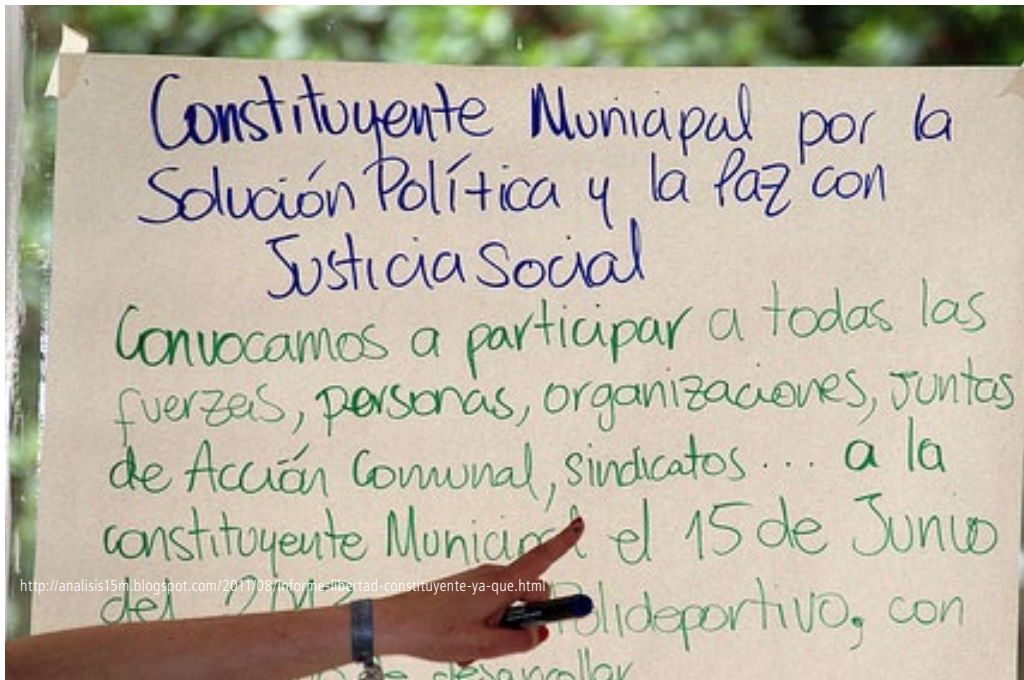
Antonio Gramsci

Un signo creciente de *Lo común*

El surgimiento de *Lo común* ha puesto en escena nuevos modos de construir el horizonte de la política alternativa ante el agotamiento de la *potestas* litúrgica de las coyunturas y las conveniencias del posibilismo pragmático. El agotamiento de la política-aparato y el maximalismo paralizante han despertado en el mundo de las resistencias y las alternativas críticas al sistema imperante la creciente voluntad de afianzar el proceso de reencuentro entre las izquierdas en la terrenalidad de la paz, la autonomía territorial, la democracia profunda y el poder

constituyente. Las izquierdas, tradicionalmente marcadas por la fragmentación y el inmovilismo y anquilosadas en la instrumentalización que suscitan el caudillismo y la ensoñación del capital y de las élites, vislumbran en medio de grandes tensiones expresiones y signos de potencia. Si bien las elecciones son en muchos casos una aburrida distracción y sus posibilidades carecen de atracción y simpatía, *Lo común* ha ido desbordando el estado inercial de las izquierdas y sus representaciones tradicionales. Las pruebas saltan a la vista: el paro agrario y campesino, la resistencia de las poblaciones contra los megaproyectos, el movimiento en defensa de la autonomía territorial, las luchas sociales por la salud y la educación públicas, las movilizaciones en defensa del alcalde Gustavo Petro y las negociaciones de paz en La Habana, entre otras, abren un horizonte de creación y posibilidades. Lo por-venir es singular, y tiene las características de un acontecimiento que procesará las cuentas con el pasado e imaginará lo nuevo con la sabiduría creadora de las comunidades y la democracia profunda. Existe un signo de lo nuevo, sin poder descifrar aún la figura de este evento singular. La creación de *Lo común* no se subsume en un resumen de reivindicaciones, ni en sumatorias de aparatos, sino que traduce el alentador proceso de construcción de una plataforma democrática constituyente que alienta el despertar popular y ciudadano. En medio de la “distracción” de lo electoral y la somnolencia de proclividades ante la “burguesía nacional” o las élites regionales, las izquierdas, incapaces de lograr una unidad para disputar una “tercería” electoral, y sin comprender las contradicciones en el “Bloque de poder”, quedaron atrapadas, unas, en la exaltación del “santismo” y el supuesto “progresismo” de algunas fracciones del capital, y otras, aferradas al maximalismo paralizante no vislumbran las “realidades efectivas” de la paz y la democracia.





La Asamblea Constituyente: la potencia de lo múltiple

Después de un prolongado tiempo de incertidumbres, fragmentaciones y prácticas inerciales, diversas expresiones de la izquierda, movimientos sociales y sectores democráticos han ido avivando la idea de potenciar *Lo común* en el horizonte del tiempo histórico que construye la democracia viva, la paz y la autonomía territorial. Este proceso incipiente carece de acuerdos previos, no procede con juegos electorales ni ensoñaciones caudillistas; ha puesto en marcha una idea singular: el reencuentro común para redefinir la estrategia como signo creador. Los acontecimientos no son inventos mentales; ni la fatalidad de una mecha encendida por la mano mágica de iluminados.


Colombia está al comienzo de un giro histórico si el empeño colectivo de concretar el proceso de paz se asienta en la participación ciudadana y popular y si la iniciativa de la Asamblea Nacional Constituyente se despliega sobre el torrente de la movilización social. Su éxito radicará en su capacidad de cimentar una plataforma democrática constituyente como magma de los anhelos populares y de la democracia viva en defensa de la paz, la autonomía territorial, la soberanía y los saberes. Evidentemente el camino es ondulante, lleno de escollos, atravesado por el fuego cruzado de enemigos ciertos y poderosos que han activado su agenda para destrozarse el proceso de la paz. La idea de la Asamblea Constituyente encarna un amplio camino para potenciar *Lo múltiple* de las resistencias y de la creatividad popular: una perspectiva potente para fortalecer el proceso de paz, emprender reformas sociales, económicas y políticas, asentar la democracia profunda, salvaguardar la soberanía y cimentar el Estado regional unitario. En el marco de los procesos de paz con

las insurgencias y la voluntad de realizar significativas transformaciones democráticas, la idea del poder constituyente como fuerza autónoma y creadora de superación del conflicto interno colombiano y fundamento de un Estado democrático cobra particular significación. Ni el pragmatismo ni la desesperación pueden ahogar el entusiasmo popular de profundizar la democracia, su ampliación y fortalecimiento a la luz de *Lo común*: la fuerza de los territorios, las autonomías, las comunidades y los saberes. La nueva Constitución, resultado de *Lo múltiple*, coronará esta disputa por la democracia profunda y constituyente.

El pensamiento crítico, la sociedad civil, las regiones y las comunidades deberán desplegar sus iniciativas y esfuerzos para garantizar este proceso con la potencia y la alegría de la democracia viva. Con prontitud, amplitud y pluralidad este proceso marcará un hito de los nuevos tiempos. Imprimir un ritmo creador y desatar el entusiasmo colectivo será su reto. Después de un largo conflicto armado de 50 años y de una crisis tan aguda del sistema político colombiano, la desesperación será la peor consejera. Su proyección y consolidación necesitarán asentarse en una perspectiva desde abajo, desde lo regional y desde lo popular. Las constituyentes regionales por la paz, las luchas en defensa de la salud pública y de la autonomía territorial tendrán espacios convergentes para articular con el estudiantado de las universidades públicas la propuesta de Asamblea Constituyente. Los procesos constituyentes son múltiples y diversos. Su eje es la paz, la autonomía territorial, la democracia viva y la soberanía.

Una idea preciosa: movimiento de movimientos

La política sin sujeto es fatalidad, desvarío. Un albur hecho de fantasías y autoengaños. Igual, como la ensoñación de un sujeto preconstituido, con atributos y configuraciones elaboradas previamente. La política, por el contrario, es una obra de creación colectiva,



Fals Borda veía que las organizaciones son mediaciones entre el pensamiento y la acción; nunca verdades eternas, sino procesos que requieren autoreconstruirse en la acción sentipensante de las masas. Esta idea-fuerza no es una sumatoria de organizaciones y movimientos ni la mera adopción de una plataforma tradicional, sino la creación de un proyecto de *Lo común* que visualizaba su potencia en el campo popular y de las izquierdas.

de singularidades múltiples, un campo de redefiniciones colectivas. En esta ontología de la creación Fals Borda apreció la democracia como espacio múltiple, como posibilidad de transformación. Producto de su larga experiencia en América Latina y de su militancia creadora en Colombia, Fals propuso el proyecto del “movimiento de movimientos”, a sabiendas de la incompreensión de las izquierdas y el predominio de culturales estereotipadas y aparatistas. Veía que las organizaciones son mediaciones entre el pensamiento y la acción; nunca verdades eternas, sino procesos que requieren autoreconstruirse en la acción sentipensante de las masas. Esta idea-fuerza no es una sumatoria de organizaciones y movimientos ni la mera adopción de una plataforma tradicional, sino la creación de un proyecto de *Lo común* que visualizaba su potencia en el campo popular y de las izquierdas. Reinventar la política de *Lo común* será el arte para enfrentar la tarea titánica del cambio epocal.

Colombia, atravesada por la lógica inercial del poder establecido y las mentalidades refractarias a la imaginación popular, puede caer en la tentación de concebir la Constituyente como un remedo de democracia y un mero pacto entre guerreros. Eso sería una frustración a todas luces; y anidaría mayores resentimientos de los que pretende superar. El movimiento de movimientos sería la fuerza de *Lo común* que desplegaría un proyecto de largo alcance. La paz, la Constituyente y la democracia profunda requieren un sujeto radical de participación y movilización; porque lo peor es creer que el poder constituyente se puede cimentar sobre la “buena voluntad” o la simple aplicación de reglas de la democracia liberal. Además, las fuerzas regresivas y reacias al cambio democrático se resisten a retirarse del escenario; y resulta ineficaz la simulación de la “reconciliación” sin transformar la forma política dominante. El uribismo no es solo una expresión de extrema derecha, sino una forma del poder constituido arraigado en el régimen señorial-hacendatario empotrado en los poderes centrales y regionales, en el gamonalato y los poderes del latifundio y del gran capital transnacional, fenómenos que en general son extensivos al liberalismo y al “santismo”. Si existen diversas fuerzas reacias a la apertura de un escenario público de paz y de proceso constituyente, el campo democrático, con mayor razón, requiere mucha consistencia y movilización popular.


En el terreno del pensamiento quizá la expresión ideológica que conspira contra los alcances de la Asamblea Constituyente es el prejuicio de pensar que solo se puede alcanzar lo permitido por el Establecimiento, lo cual significa de hecho disolver la idea del poder constituyente, comprendiendo que el escenario real tampoco es de triunfo revolucionario.



No obstante, la propuesta de la Asamblea Constituyente tendrá que despertar el entusiasmo ciudadano y popular y reinventar la política para el largo tiempo de la transición y la transformación democrática. En esta dimensión lo constituyente abre un nuevo tiempo, una posibilidad singular para la potencia de un sujeto crítico y plural cuya expresión es el “movimiento de movimientos” de la Colombia que ha emprendido el proceso de transitar hacia la paz y superar el largo conflicto interno. Este será el espacio múltiple para ensayar nuevas forma de hacer la política, superar los viejos automatismos de la política tradicional –tanto de las derechas como de las izquierdas– y sellar el nuevo pacto desde abajo, desde la democracia profunda y desde la creatividad colectiva.

La batalla por la paz y la democracia profunda es doble: encaminarse a la creación de un nuevo orden democrático, social y popular, sin la hegemonía absoluta de la burguesía neoliberal, guerrerista y autoritaria. Entre las distintas fuerzas políticas convocantes, los revolucionarios disputarán una perspectiva anticapitalista que inmediatamente será descalificada por radical y utópica. Pero, aún más, esta postura anticapitalista de nada valdría si no logra cuestionar radicalmente la forma-política, liberal dominante, la cual trituró la Constitución del 91. Zizek sostiene

que no importa cuán radical sea el proyecto si “el señuelo hoy es la creencia de que uno puede minar al capitalismo sin problematizar efectivamente el legado liberal-democrático que –como algunos Izquierdistas afirman– aunque haya sido engendrado por el capitalismo, la autonomía adquirida puede servir para criticar al capitalismo”. Dada la insistencia de desautorizar esta postura asociándola con la utopía habría que recordarles que “hoy, la verdadera utopía es la creencia en que el acuerdo general capitalista liberal-democrático presente pueda continuar indefinidamente, sin cambios radicales” [Slavoj Žižek, *Repetir Lenin*, Akal]. El movimiento de movimientos debe hacer suyo el lema: “¡Seamos realistas, demandemos lo imposible!”. Una política de la verdad exige la ruptura “fuera de los estreñimientos de lo que aparece como “posible” (o, como usualmente decimos, “factible”)”. Más allá de las circunstancias y los múltiples entorpecimientos, el poder constituyente es en sí mismo el modo de realización de la democracia real y profunda y el camino de consolidar la paz. La tragedia de la Constitución del 91 radicó en la subsunción de la política en la lógica procedimental, demo-liberal y en la pérdida del proyecto político alternativo, disuelto por la poderosa capacidad del sistema de cooptación, transfuguismo y renuncia del ideal emancipador. Este nuevo proceso de paz tiene que convocar a las izquierdas y a los movimientos sociales para enraizarse en la democracia viva, actuante y participativa y superar la maldición del “gatopardismo” y la simulación de la “reconciliación”.



Colombia está al comienzo de un giro histórico si el empeño colectivo de concretar el proceso de paz se asienta en la participación ciudadana y popular y si la iniciativa de la Asamblea Nacional Constituyente se despliega sobre el torrente de la movilización social. Su éxito radicará en su capacidad de cimentar una plataforma democrática constituyente como magma de los anhelos populares y de la democracia viva en defensa de la paz, la autonomía territorial, la soberanía y los saberes.





<http://www.flickr.com/photos/marcha-patriotica>